

EN RECUERDO DE ERNEST LLUCH I MARTÍN (1937-2000)

PEDRO SCHWARTZ

Universidad Autónoma de Madrid

La muerte del Profesor Lluch a manos de terroristas vascos ha segado en su plenitud una vida de la que aún cabía esperar abundantes frutos. Político socialista, escritor polémico, activo aficionado al fútbol y a la ópera, destacó sobre todo como universitario centrado en el estudio de la historia de la cultura y del pensamiento económico. Su obra científica se distingue por la erudición y la originalidad. Como maestro ha dejado una profunda huella en la Universidad española, cual lo demuestra el nutrido grupo de discípulos que supo formar a su alrededor.

La nota característica de su personalidad fue un inconformismo irónico y civilizado, una dedicación apasionada al diálogo con propios y contrarios, una inclinación irreprimible a poner en cuestión las ideas recibidas en la sociedad o la Universidad, a veces con sacrificio de la claridad o creando confusión en sus interlocutores. En el campo de la economía, negándose a seguir la ortodoxia del libre mercado, se colocó en la vieja tradición institucionalista americana. En el campo de la historia, separándose tanto del nacionalismo catalán como del español, ahondó en los rasgos peculiares de la historia de los pueblos hispanos.

Su vida académica transcurrió en tres Universidades. En Barcelona fue discípulo y ayudante del Dr. Fabián Estapé. Expulsado de su *alma mater* por enfrentarse con el régimen franquista, encontró refugio en la Universidad Complutense de Madrid. Ganó luego la agregaduría de Historia de las Doctrinas Económicas en la Universidad de Valencia. Pese a ocupar Lluch la cartera de Sanidad en el primer Gobierno de Felipe González, fue posible convencer al ministro del ramo de que dotara y convocara

para él la cátedra correspondiente en la Universidad de Barcelona. Ganó las oposiciones con toda brillantez y ocupó dicha cátedra hasta el momento de su muerte.

Sus primeras publicaciones fueron sobre materias de economía aplicada, tanto referentes a Cataluña como a Valencia. Irrumpió en el ámbito de los historiadores plenamente armado con un notable libro titulado *El pensament econòmic a Catalunya (1760-1840)* y publicado en 1973 por Edicions 62. Era una versión revisada de su tesis doctoral y trataba con grande y revelador detalle de la irrupción de la escuela clásica en Cataluña y la respuesta proteccionista de los economistas catalanes, incluso de los que habían estudiado a Adam Smith y Jean Baptiste Say. Lluch nos descubrió a muchas figuras que hoy nos son familiares, como las de Antonio Campmany y Eudald Jaumeandreu. También supo explicar por qué no llegó a cuajar en Cataluña el movimiento de la Sociedades Económicas de Amigos del País, que tanta difusión tuvo en el resto de los reinos españoles y americanos. Señaló Lluch por fin las bases sociales y económicas del prohibicionismo y proteccionismo comercial catalán, análisis que le llevó a subtítular su libro como *Els orígens ideològics del proteccionisme i la presa de consciència de la burgesia catalana*, una expresión con resonancias marxistas poco conformes con su visión de años maduros.

En 1985, los profesores Lluch y Argemí publicaron, en la Institución Alfonso el Magnánimo de Valencia, una colección de papeles bajo el título *Agronomía y fisiocracia en España (1750-1820)*. En este libro, o en los trabajos que contiene, tanto de la pluma de Lluch como de aquellos en los que colaboraban Argemí y Barrenechea, aparecen los primeros atisbos de una preocupación que iba a hacérsele fundamental: la de las refracciones que sufren las ideas económicas en los distintos medios nacionales en los que se reciben. Mientras los historiadores superficiales creían «descubrir» influencias de la escuela fisiocrática en el pensamiento agrarista español, estos autores, mucho más prudentes, hacían ver que en España era imposible que apareciera una escuela fisiocrática, porque las condiciones doctrinales y reales del país lo impedían. En años posteriores, Lluch abogaría por las historias nacionales del pensamiento económico, con las que se evitara caer en visiones colonialistas de la difusión de las ideas.

El redescubrimiento de autores injustamente olvidados fue una especialidad de Lluch. Es cierto que Estapé había reeditado el rarísimo folleto de Juan López de Peñalver, *Reflexiones sobre la variación del precio del trigo* (1812), raro por su muy escasa difusión, pero aún más por el temprano uso de las matemáticas en el análisis de un problema económico. Lluch

decidió ampliar el estudio de la personalidad y las obras de este autor en un volumen publicado en 1992 en el Instituto de Estudios Fiscales, bajo el título de *Escritos de López de Peñalver*. En este libro no sólo reprodujo diversos e interesantes escritos de López de Peñalver, entre otros las *Reflexiones*, sino que incluyó una notable introducción en la que aclaró las consideraciones matemáticas del autor y relacionó, con mucha erudita precisión, el pensamiento de éste con las diversas fuentes en que bebió. Las dos funciones que López de Peñalver expresa matemáticamente son: la que relaciona el precio del trigo con la mortandad y la que relaciona el salario que llama «necesario» con el precio del trigo «razonable» para la prosperidad de la agricultura e industria nacionales. La originalidad de nuestro economista estriba en que intenta suministrar al Gobierno métodos matemáticos y datos estadísticos que le permitan establecer los límites superior e inferior del precio del trigo entre los cuales funcione la libre competencia. Siempre quiso López de Peñalver que en el mercado del trigo y los alimentos en general se evitaran las fluctuaciones extremas, sin necesidad de fijar administrativamente el precio. Quizá este trabajo de Lluch sea el que los economistas profesionales aprecien más, por sus cualidades de precisión, claridad y erudición.

En 1996, y otra vez en Edicions 62, publicó Lluch un libro que, partiendo de lo económico, se adentraba en lo cultural, *La Catalunya vençuda del segle XVIII. Foscors i clarors de la Il·lustració*. La tesis del libro viene revelada por el título de la versión castellana, *Las Españas vencidas del siglo XVIII. Claroscuros de la Ilustración* (Crítica, 1999). El autor confiesa que sólo un tercio del estudio tiene carácter económico. Tras señalar cómo la pujanza económica catalana fue una de las vías por las que la personalidad de Cataluña se mantuvo en el ambiente uniformador de la nueva dinastía borbónica, descubrió que la influencia de los «austracistas» o seguidores del archiduque Carlos fue mucho más poderosa fuera y dentro de España de cuanto se había pensado. El archiduque dejó tirados a sus partidarios españoles cuando heredó la corona imperial, pero llevó consigo a Viena a muchos notables que siguieron trabajando y razonando de forma muy distinta de los ilustrados al servicio de Felipe V, Fernando VI y Carlos III. Lluch descubre que, dentro de España, el recuerdo de la Corona de Aragón y la cohesión de un partido aragonésista resultaron mucho más vivas de lo que se imaginaba. El nacionalismo catalán ha tendido a reescribir la historia declarando muerta la Corona de Aragón tras la Paz de Utrecht y dormida la cultura catalana hasta la Renaixença del XIX. Los nacionalistas españoles han tendido a pasar por alto la validez de la organización tra-

dicional de España en reinos, con idiomas, leyes, Cortes diferentes. Por eso es revelador el título castellano de esta obra; para Lluch no sólo resultó vencida Cataluña en 1714, sino también todos los partidarios del austracismo en los distintos reinos españoles.

Este breve recordatorio de la obra científica de Ernest Lluch ha de acabar con sus numerosas e interesantes contribuciones a la obra, en ocho gruesos volúmenes, *Economía y economistas españoles*, dirigida por el Dr. Fuentes Quintana (Galaxia Gutenberg, 1999-2001). El propio Lluch y algunos de sus discípulos han ayudado a Fuentes Quintana como miembros del equipo de dirección, pero más importante para nuestro propósito son los trabajos del malogrado historiador incluidos en esa obra.

En el volumen I, *Una introducción al pensamiento económico*, aparece un trabajo de Lluch titulado «Las historias nacionales del pensamiento económico y España». Lluch comienza por resumir su punto de vista con una cita de Thornstein Veblen: «Cuando un cuerpo dado de información pasa las fronteras nacionales adquiere una nueva complexión, una nueva fisonomía cultural.» Tras esbozar una sonrisa irónica ante los intentos nacionalistas de exaltar a los economistas propios hasta las cimas alcanzadas por los grandes fundadores de nuestra ciencia, detalla Lluch los distintos enfoques con los que los historiadores han buscado modelizar esas refracciones nacionales de las ideas económicas. Especialmente interesante es la utilización de la cantidad y calidad de las traducciones y los mal llamados «plagios» de obras extranjeras, que en realidad son modos de asimilación de ideas foráneas en un país seguidor. En todo caso, destaca Lluch que ha desaparecido casi del todo la actitud despreciativa de quienes no se interesaban por los ecos y reverberaciones nacionales de las grandes ideas económicas. Si la ciencia económica es un saber de metodologías encontradas y resultados disputados y difusos, el conocimiento de las distintas versiones nacionales supone casi siempre una preciosa aportación reveladora.

El volumen II, *De los orígenes al mercantilismo*, contiene un trabajo de Lluch sobre el contador Luis de Ortiz, autor de un memorial a Felipe II en el que ese arbitrista calculaba una balanza de pagos de Castilla para reforzar sus propuestas proteccionistas. Suministra preciosos detalles biográficos sobre Ortiz, editor en Burgos y, casualmente, partidario de que se prohibiese la importación de libros extranjeros para que no se difundieran «herejías ni otros libelos difamatorios ni cosas deshonestas que dañen las conciencias». También recuerda que Ortiz no explicaba la inflación que padecía Castilla por la entrada de metales preciosos de las Indias, sino

por la carestía de las importaciones de bienes, que él quería ver prohibidas por el rey.

En el volumen III, *La Ilustración*, se incluye un breve resumen del ensayo de Lluch y Argemí sobre «La fisiocracia en España», aparecido en el libro reseñado más arriba. Breves también son los ensayos «El cameralismo en España» y «La obra de Jacques Necker, una influencia fundamental en la Ilustración económica española», aunque ciertamente interesantes por recoger aspectos desconocidos de la evolución de las ideas económicas en la España setecentista. Cabe subrayar «El industrialismo en la Corona de Aragón y en la Corona de Castilla (siglo XVIII)», pues permite recordar otro trabajo de nuestro autor que quizá sea uno de los análisis de historia cultural más interesantes salidos de la pluma de un economista español: «La arquitectura modernista catalana contra la industrialización» (en la obra colectiva *La industrialización en España: entusiasmos, desencantos y rechazos*, Civitas, 1997). Descubre Lluch el rechazo por Gaudí y otros modernistas de la estandarización del maquinismo, semejante al rechazo de William Morris en Inglaterra. Da la impresión de que, a pesar de su refinamiento estético, Lluch se inclina por la vulgarizadora y explosiva capacidad productiva de la industria, frente al elitismo y pesimismo de los modernistas. Podría decirse incluso que el industrialismo de Lluch explica su persistente defensa del proteccionismo industrial catalán frente a los argumentos de los librecambistas de la escuela de Adam Smith y David Ricardo, pese a ser este último un economista cuya obra conoce con detalle de la mano de Piero Sraffa.

Por fin, en el volumen IV de la obra dirigida por Fuentes Quintana aparece un importante ensayo de Lluch y Almenar, «Difusión e influencia de los economistas clásicos en España (1776-1870)». El trabajo es ambicioso por el período cubierto y por el impresionante esfuerzo de erudición. Otros historiadores hemos tocado momentos más cortos y dejado lagunas sin explorar. Este ensayo es una incitación al estudio de las numerosas y a veces recónditas obras citadas. Los dos autores ponen en cuestión la pretendida influencia de Adam Smith en España; se detienen, cómo no, en la obra del «clásico» español más importante, el ricardiano Flores de Estrada; recuerdan que el influjo de los economistas liberales franceses fue mayor que el de los clásicos británicos, hacen recuento de las tropas proteccionistas. En resumen, es este papel una de las mejores muestras de lo que saben hacer Lluch y sus discípulos.

Habrán notado que insensiblemente hemos pasado del pretérito al presente el tiempo de los verbos. No podemos creer que Lluch se haya mar-

chado para siempre. El desconsuelo se ha apoderado de todos nosotros, sus desconsolados maestros Estapé y Nadal, los discípulos que solía citar por orden alfabético, Almenar, Almodóvar, Argemí, Artal, Astigarraga, Barrenechea, Bru, Cardoso, Cervera, Llombart, Malo, Pascual, Sánchez Hormigo, Usoz, Velasco, Zabalza; los demás, los colegas y amigos a los que animaba «a seguir dialogando». Pero aún le queda algo nuevo que decirnos en ese nuevo libro que va a publicar con Miguel Herrero y Rodríguez de Miñón. Argumentará sin duda a favor del federalismo asimétrico para nuestra común patria y nos sorprenderá, si se me permite la expresión gaulista, «avec une certaine idée des Espagnes».